

ni indirecto, asistir á las juntas ó congresos que se celebrasen para tratar de dar la paz á la Iglesia, y no salir del palacio de Aviñon sin el consentimiento de los cardenales y de los príncipes que habian sido de su obediencia. Despidió, pues, su guarnicion aragonesa; le tomó el rey Carlos bajo su proteccion, y se le suministraron todas las provisiones que le faltaban. Pero la guardia de su persona y palacio se confió á oficiales franceses y al arzobispo de Narbona. Quedó concluido este tratado en el mes de abril del año 1399 (1).

Entretanto continuaba la sustraccion de su obediencia entre los franceses, y se iba estendiendo de dia en dia por otros Estados. Ya habia sido adoptada por la reina de Nápoles, viuda del duque de Anjou, desde el mes de noviembre del mismo año en que habia sido resuelta en Francia; y en el mes siguiente lo fué por el rey de Castilla (a). El rey de Navarra que se habia hallado en Paris durante la asamblea en que se decretó a sustraccion, la estableció tambien en su reino luego que volvió á él. Al mismo tiempo instaba la corte de Francia á los príncipes del otro partido á que se sustrajesen igualmente de la autoridad, mucho menos equívoca, del Papa legitimo, lo que consiguió Carlos de Juan de Baviera, obispo de Lieja, y de otros muchos príncipes del mismo pais.

(1) Rain. ann. 1399 n. 10.

(a) La sustraccion de obediencia á Benedicto fué acordada en la junta de prelados y doctores que celebró Enrique III en Alcalá de Henares, en la que se hizo y publicó el decreto solemne el dia 12 de diciembre de 1399, aunque otros dicen fué el 1400. Mas no fué durable esta determinacion, ya porque el pueblo principió á murmurar de ella diciendo que se habia tomado mas por agrandar al rey de Francia que por amor de la justicia, ya tambien porque se opuso el rey de Aragon, siempre empeñado en sostener á Benedicto: ello fué que al cabo de tres años, en 28 de abril, se revocó ese decreto en otra junta de prelados y señores celebrada en Valladolid, volviéndose á reconocer á Benedicto, si bien con la condicion de que hubiera de reunirse un concilio general que declarara quién era el verdadero Papa. (N. del E.)

Tambien estrechó al emperador Wenceslao á que cumplierse sus ofertas; pero aquel príncipe, que era tan lento en cumplir sus palabras como pronto en darlas, difirió el asunto hasta la dieta que habia convocado en Breslau. Mas una revolucion que de allí á poco tiempo ocurrió en el imperio, y precipitó á Wenceslao del trono que estaba deshonrando, le dió muy otros cuidados. Los electores reunidos en el castillo de Laenstein á orillas del Rhin, le depusieron, con auencia del Papa Bonifacio, el dia 20 de agosto del año 1400, y cuatro dias despues nombraron por sucesor á Roberto, conde palatino del Rhin. Ricardo II, rey de Inglaterra, mas fiel á las promesas hechas á Carlos VI, halló el principio de su ruina en esta condescendencia, ó por mejor decir, en su indolencia y afeminacion; pues en el curso fatal de este mismo año de 1400, le dieron muerte en la prision donde habia sido encerrado el año anterior, despues de haberse declarado él mismo indigno de reinar, y entregado el cetro y la corona al duque de Lancaster, su primo hermano, que le sucedió con el nombre de Enrique IV. Acerca del artículo del cisma, insistieron siempre los ingleses en la convocacion de un concilio general como único remedio legitimo.

Divididos de este modo los pareceres entre los doctores y las diferentes naciones, eran inútiles por falta de union todos los esfuerzos que se hacian, y por consiguiente no habia podido extinguirse el cisma en el largo espacio de seis años; pero al fin estaba ya dado el impulso á todos los cuerpos eclesiásticos y políticos, y aquel monstruo, generalmente aborrecido, no podia menos de sucumbir luego que se pusiesen de acuerdo los príncipes y los pueblos. El obstinado y artificioso Benedicto XIII tuvo habilidad para volver á conciliarse la estimacion de los que acababan de abjurar su obediencia.

Y aun se llegó á decir que los dos Papas rivales se concertaron entre sí para conservar cada uno su parte en el pontificado, destruido en cierto modo con esta division. Lo cierto es que se levantaron recíprocamente los anatemas que se habian fulminado por una y otra parte. Sin embargo, los criticos que admiten esta suposicion, que en nuestro concepto es calumniosa, añaden

que, conocidos sus desgracias por los dos partidos, produjeron el efecto de reunir entre sí á sus defensores respectivos, y de precipitar la ruina de los dos competidores. Este era el estado de las cosas en el último año del siglo catorce, que se puede considerar como la época de la decadencia del cisma.

LIBRO CUADRAGÉSIMO-OCTAVO.

Desde la decadencia de los fautores del gran cisma de Occidente en el año 1400, hasta el concilio de Constanza en el de 1414.

Al fin de la segunda edad de la Iglesia, las varias naciones de que esta se componia desde la ruina del imperio romano habian salido ya de la barbarie, de la ignorancia, de la supersticion y de las prácticas mas viciosas que son como su consecuencia inmediata. En su genio, sus usos y costumbres, no advertiremos ya mas que aquellas leves variaciones que causan las situaciones diversas. La prodigiosa diferencia que se observa entre la fisonomía de los pueblos antiguos y la de los modernos, si es que podemos esplicarnos así, fué producida principalmente por aquellas expediciones tumultuosas y lejanas que agitaron por espacio de dos siglos á todas las naciones cristianas. Del caos reproducido por este trastorno universal vióse aparecer un nuevo mundo.

Sin embargo, la discordia y las rivalidades intestinas agitaron todavia por mucho tiempo en el siglo XV á estos pueblos re-

novados y tan distintos de sus primeros autores. El duque Federico de Brunswick, sustituido en el imperio al fatuo Wenceslao, fué asesinado por el conde de Waldeck, antes de llegar á coronarse. Roberto, conde palatino del Rhin, elegido en su lugar el dia 25 de agosto del año 1400, no fué coronado hasta el año siguiente en la ciudad de Colonia, porque la de Aquisgran no quiso abrirle sus puertas. Esta ciudad privilegiada permanecía adicta á Wenceslao, quien á pesar de su bajeza de alma continuaba dándose el título de emperador, y se le vió apoyado durante mucho tiempo por una faccion bastante considerable. Le sostuvo hasta el tiempo del imperio de su hermano Segismundo, á quien causaron grandes daños los sectarios de Bohemia con sus frecuentes sediciones victoriosas. No era mas reverenciada en Italia la potestad imperial. Además de las ciudades mercantiles erigidas en repúblicas,

Milán, Mantua y Módena fueron subyugadas por señores particulares que se arrogaron igual independencia. Al propio tiempo los países meridionales se veían continuamente inundados de sangre con motivo de las dos facciones de Aragón y de Anjou que se disputaban el reino de Nápoles con un furor tanto más estremado, cuanto más equívocos eran sus títulos.

La Francia gemía en un estado aún más deplorable por la envidiosa ambición de cuatro príncipes de la sangre, que pretendían apoderarse exclusivamente cada uno del gobierno político, ya que la quebrantada salud de Carlos VI no le permitía llevar las riendas del Estado. El duque de Orleans, hermano del monarca, fué víctima de la perfidia del duque de Borgoña (1407), siendo esta desgracia las primicias de mayores crímenes. Un monstruo desnaturalizado, con el título sagrado de reina y de madre, excluyó de la corona á su propio hijo, y por un tratado solemne le entregó juntamente con los destinos de la Francia á la ambición británica. Habíase sufrido poco antes la pérdida de la batalla de Azincourt (1415), más funesta que las de Crécy y de Poitiers, y el día en que se concluyó en Troyes aquel tratado ignominioso, pareció con razón infinitamente más funesto que el suceso de Azincourt. Vióse sumergido el reino en un abismo de desgracias tan grandes, tan multiplicadas, tan fuertemente encadenadas entre sí, tan desesperadas y tan poco reparables, que solo una milagrosa protección del cielo pudo librarle de ellas.

La Inglaterra, después de haber brillado con aquel odioso y pasajero brillo que resulta de la discordia fomentada entre los vecinos, vióse también espuesta á todos los furores de las cábalas é intrigas. El desgraciado Enrique VI que en 31 de agosto de 1422 heredó los dos reinos que le había dejado su padre Enrique V, no solo tuvo

que abandonar el de Francia, sino que le despojaron del de Inglaterra y de la vida, después de haber padecido por espacio de cuarenta años con su pueblo y su familia todos los desastres de las facciones y de las guerras intestinas. Precipitado dos veces del trono y puesto en una cárcel, y otras dos restablecido, fué preso de nuevo, y le dieron de puñaladas en la prisión. Trece batallas terribles, y mayor número de lugares sangrientos marcaron alternativamente las atroces facciones de la Rosa blanca y de la Rosa encarnada, esto es, de dos casas, la de York y la de Lancaster, que por espacio de cerca de un siglo convirtieron á la Gran Bretaña en un teatro de sangre y de iniquidades; desastre que causó la ruina de la estirpe de los Plantagenetas, origen común de las pretensiones de estas dos casas, que venía reinando en Inglaterra por espacio de más de trescientos años.

En España, los infieles que la habían invadido y poseído por tanto tiempo casi toda, reducidos por último al solo reino de Granada, del que no debían tardar en ser también arrojados, no causaban ya inquietud á los cristianos; más parecía que la división que había arruinado el dominio musulmán, había pasado á sus destructores con las victorias y la seguridad. Esta región aislada se hallaba dividida en cuatro Estados distintos, á saber: Castilla, Aragón, Navarra y Portugal, y bastaba echar una mirada en el plano topográfico para conocer los inconvenientes de esta división. La dificultad de recurrir á las potencias extranjeras, y al mismo tiempo la facilidad de las comunicaciones é invasiones interiores; la continuación de la guerra contra los moros, la cual había desterrado las ciencias y las artes, hecho abandonar el comercio á los judíos, y condenado á los cristianos á ignorar, digámoslo así, toda otra profesión que no fuese la de las armas; las

alianzas entre las familias Reales de los Estados concentrados en aquel rincón del mundo, en que las hembras heredaban el cetro igualmente que los varones; tantos pretestos y tanta facilidad para invadir, junto con el deseo natural de conservar, ofrecían todos los días nuevos motivos á las guerras nacionales. No llegó España á formar un Estado quieto y pacífico hasta que se verificaron el casamiento de Fernando de Aragón con Isabel de Castilla y la reunión estable de estos dos reinos (1479). Esta fué la causa primera de la grandeza y de la sólida prosperidad de estas regiones, á las cuales libró del peligro de volver á caer en la esclavitud de los árabes, arrojando á estos al otro lado del mar, por cuya razón se condecoró al monarca con el glorioso título de rey Católico.

A últimos del siglo XIV y á principios del XV, la reina Margarita de Valdemar, llamada la Semiramis del Norte, puso los reinos de aquella estremidad de nuestro hemisferio en un estado de esplendor y de tranquilidad que no habían conocido hasta entonces y que desapareció muy en breve. El amor excesivo que tenían aquellos pueblos á la libertad, el orgullo y las prerogativas de los grandes, los privilegios de que gozaba el clero, el sistema de la elección ó de la sucesión arbitraria de los reyes, ponían unos límites tan estrechos á su autoridad, que nada podían hacer por el bien público, y si alguna vez sacudieron estas trabas, fué por medio de una violencia que se semejaba á la tiranía. Por tanto, en la mayor parte del siglo de que tratamos gimieron los pueblos alternativamente, ya en la opresión, ya en la anarquía, y muchas veces en medio de los horrores de una y otra. La Polonia tuvo que sufrir la ambición y la codicia de los religiosos degenerados de la orden teutónica, los cuales no debían hacer más que facilitar los progresos del Evange-

lio, y duró este desorden hasta que el Gran Jagellon, llamado Uladislao V, poco antes de su muerte, acaecida en 31 de mayo de 1434, los obligó á cederle una parte de la Prusia y á conservar lo demás á título de feudo dependiente de su corona.

El imperio de Constantinopla, casi reducido á la ciudad de este nombre, bloqueada ya por los turcos, estaba próximo á caer en poder de su sultán Bayazeto, el primero que obtuvo entre los otomanos este título del sultán de Egipto, representante de los antiguos califas (1). Manuel Paleólogo, quinto emperador de esta casa, después de haber implorado inútilmente por cartas el auxilio de los occidentales, tomó el partido de ir á solicitarle en persona. Embarcóse, pues, con destino á Venecia, pasó por Milán, donde el duque Galeazzo Visconti le dió un tren correspondiente á su rango, y entró en París el día 3 de junio del año 1400. Se le hicieron los mayores honores: los duques de Berri y de Borgoña fueron á buscarle á bastante distancia: el rey Carlos VI, que se hallaba entonces muy aliviado de su indisposición, salió á recibirle á la puerta de la ciudad, y el príncipe griego hizo su entrada en ella con más pompa que la que hubiera podido ostentar en Constantinopla. Pero á esto se redujo todo el éxito de su viaje y de su permanencia en Francia, que fué de año y medio, á escepción de una temporada muy corta que estuvo en la Gran Bretaña, sin adelantar tampoco cosa alguna en favor de sus intereses. Podríamos añadir que toda la ventaja fué para las naciones cuyo auxilio había ido á implorar, porque acompañaban á Paleólogo muchos sábios que esparcieron en Europa las semillas y el gusto de la literatura, dieron á conocer los libros de la Grecia, é hicieron que fue-

(1) Calch. l. 2, p. 44; Juv. p. 143.

sen apreciados é imitados todos los buenos autores de la antigüedad.

Lo mas que pudo conseguir fué algun socorro en dinero, y no era esto seguramente lo que mas necesitaba contra el valor otomano. Pero por un efecto de los recursos admirables de la Providencia, la cual queria ofrecer todavía á los griegos un nuevo y último medio de salvacion antes de castigar su eisma con el trastorno de su imperio, le vino el auxilio de donde tenia menos motivo para esperarle (1). A la verdad, habia reclamado contra la opresion de Bayazeto la equidad de Tamerlan ó Timur el Cojo, de la raza de Genghiskan, y, como él, emperador del Mogol y señor de casi toda el Asia; pero hacia tan poco caso de este medio de defensa, que salió poco despues á solicitar la de los occidentales. Entretanto el orgulloso tártaro envió á decir al otomano en términos imperiosos, que dejase quieto á su protegido Paleólogo y le restituyese las provincias que habia invadido ya. Furioso Bayazeto al ver un procedimiento tan altivo, se arrebató hasta cometer el exceso de ultrajar á los enviados de Tamerlan. Al momento se buscaron aquellos dos terribles rivales, y se encontraron en los llanos de Angora (la antigua Ancira de Galacia), donde pelearon con tal encarnizamiento, que apenas hay en las historias ejemplo de una batalla mas sangrienta. La perdió Bayazeto, y quedó prisionero (1402). El vencedor quedó dueño de toda la Natolia, saqueó á Nicea, redujo á cenizas la ciudad de Prusa ó Bursa, y taló todo el pais hasta el Bósforo de Tracia. Sin embargo, Tamerlan usó con su prisionero de una moderacion que no era de esperar, y no dejó de valerse de todos los medios capaces de consolarle en su adversa fortuna. Ya se disponia á restituírle la libertad, cuando espi-

(1) *Bibl. Or.* p. 877.

ró el soberbio otomano, siendo sin duda el pesar y sentimiento la causa de su muerte. La jaula de hierro en que suponen los autores griegos que fué encerrado y murió, debe colocarse en el número de los episodios romancescos tan comunes entre los historiadores de aquella nacion (1).

Paleólogo, á cuya noticia llegaron en el camino estos sucesos favorables, se consoló de lo poco que habia logrado de los latinos, no obstante lo cual no dejó de agradecer y publicar su buena voluntad; y aun parece que se acercó insensiblemente á su modo de pensar, sin embargo de que este principe literato le habia impugnado por escrito durante su residencia en Francia. Habia visto con sus propios ojos las agitaciones que conmovian á los reinos de Francia y de Inglaterra, agitaciones que haciendo insuficientes para ellos mismos todas sus fuerzas y recursos, eran obstáculo insuperable para cualquiera empresa en pais extranjero. No se hallaban los demas soberanos de Europa en mejor disposicion para encargarse de la defensa de Grecia. Ofrecian tambien las circunstancias del tiempo un impedimento considerable. En el año secular en que llegó á Francia el emperador de Oriente, estaba muy fresca la memoria de la batalla de Nicópolis, tan funesta cuatro años antes á lo mas selecto de la nobleza francesa; y prefirieron por lo mismo á unas indulgencias tan arriesgadas la del jubileo que se podia ganar con mucho menos peligro.

Considerándose universalmente la ciudad de Roma como el depósito natural de los tesoros de la divina misericordia, hubo en ella un concurso tanto mas numeroso de fieles de la obediencia de Aviñon, y en particular de Francia, quanto que no habian hecho mucho caso del jubileo fijado por Urbano VI

(1) *Poc. suppl.* p. 45.

á los treinta y tres años, que correspondió al de 1390. En cuanto al año centésimo, ya se adoptase la bula de Bonifacio VIII, ó ya se estuviese á la reduccion de la mitad hecha por Clemente VI, no cabia duda en que se ganaba entonces la indulgencia independientemente de la variedad de opiniones y partidos. Fué pues el fervor tan grande y tan general, que no produjo ningun efecto el decreto dado por el rey Carlos VI prohibiendo con penas afflictivas hacer el viage de Roma (1). Mas este fervor tuvo mas que sufrir en semejante viage que en el ultramarino, porque las cuadrillas de partidarios y bandidos que infestaban los caminos, y la peste que causaba grandes estragos dentro de la capital, acabaron miserablemente con la mayor parte de los peregrinos. Muchas señoras distinguidas que cayeron en poder de aquellos guerreros disolutos, experimentaron unos ultrajes aún mas horrosos que la muerte.

Percibióse al propio tiempo en Italia y penetró hasta Roma un movimiento repentino de devocion popular (2). Encontrábanse por todas partes procesiones de gentes vestidas de largos hábitos blancos, con capuchas que les cubrian toda la cara, á escepcion de los ojos, delante de los cuales habia dos pequeñas aberturas. Este es con corta diferencia el traje de los penitentes que se ven todavía en algunas de nuestras provincias. A los principios fué tan general esta devocion extraordinaria, que con el torrente del pueblo arrastró tambien á algunos sacerdotes, obispos y cardenales, que caminaban con gravedad cantando unos cánticos del todo nuevos, bien que entre ellos entonaban tambien el *Stabat Mater dolorosa*, que atribuian á San Gregorio. Continuaban estos ejercicios por espacio de trece dias

consecutivos; y por la noche dormian hombres y mugeres en los cementerios, en los monasterios ó en las iglesias en medio de todos los peligros que ocasionaba esta confusion. Sin embargo, los pueblos por donde pasaban se mostraban edificadas y se apresuraban á ejercer con ellos la hospitalidad; frecuentábanse los Sacramentos de confesion y comunión, se reconciliaban las ciudades enemistadas y se extinguieron los ódios inveterados y personales (1399).

Mas la singularidad en materias religiosas, aunque algunas veces sea inocente en su origen, degenera casi siempre en criminal. Unos impostores escoceses habian llevado á Italia aquellas prácticas sospechosas, juntamente con unas cruces de ladrillo barnizadas de tal suerte con sangre y aceite, que parecia que sudaban durante la estacion del calor. Escitaban el terror popular publicando que iba á acabarse el mundo con un horrible terremoto, y sostenian tambien con una obstinacion insensata que uno de ellos era el profeta Elías bajado del cielo. Cundió esta estravagancia hasta por el centro de Alemania, por el marquesado de Misnia, en donde algunos años despues publicaron los flagelantes que Elías y Enoc habian vuelto á venir al mundo; pero que los perseguidores de la verdad habian quemado á Elías en Erford (1), y que Enoc vivia aun en la persona de su mas célebre doctor llamado Conrado Schmid. Para ordenar de algun modo sus ficciones, decian que al principio del mundo habian sido criadas á un mismo tiempo todas las almas, y colocadas en el paraiso terrenal; que iba un ángel á sacarlas de aquel depósito cuando era necesario animar á alguna criatura, y que de este modo habian sido infundidas las de Elías y Enoc en los gefes de la nueva religion. Porque aquellos sectarios atre-

(1) *Th. Niem.* l. 2, c. 28.

(2) *Ibid.* c. 26.

B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO IV.

(1) Gobel. p. 265.